

otros no podemos detenernos á considerar si esta primera mujer es una persona histórica ó es una personificación del comienzo de nuestra especie y del principio de nuestra vida. Por ley natural ineludible representa Eva las edades prehistóricas en el sentir común de los pueblos educados al resplandor y al fuego de las ideas cristianas. Por eso ponemos en torno suyo las nociones capitalísimas relacionadas con tal período y los rasgos característicos de aquellas edades prehistóricas en las cuales el hombre se veía más cerca de su culpa y aceptaba con resignación mayor que hoy su justo castigo. Si había estado Eva en el edén primero, y había por sus poros absorbido aquella vida que fluía de la primera luz inmaculada, el encuentro después con tantos y tan terribles enemigos debía causar la mayor pena, y aumentar la triste acerbidad y amargura de sus dolores. Así, al verla, recordamos la cueva recién abierta donde se confundía nuestra especie con las especies inferiores; la gruta lacustre, tan semejante á la madriguera, que los últimos y más despreciados animales abren á una en el campo para preservarse contra los elementos; el esfuerzo empleado para pulir la piedra primero y luego para tallarla; el combate con el gigante oso de los terrenos primitivos; la sumisión del rengífero; la caza perdurable; la guerra universal; aquella flora que

despedía tantos insectos como llenaban los aires; aquellos montones de huesos indicando el exterminio de tantas especies que no pudieron el planeta por haber sucedido en los períodos glaciarios, donde la putrefacción no podía suceder como en otros períodos de más calor; aquellas hachas de pedernal que muestran lo rudimentario de la primitiva industria; los punzones y agujas talladas en los cuernos ó en los colmillos de tantos animales como entonces acometían al hombre; aquellos helechos en cuya comparación parecen arbustos enanos las palmeras y las encinas de hoy; aquellas inundaciones de nieves perpetuas volcadas en los grandes surcos abiertos por los estremecimientos del volcán; todas aquellas explosiones de la vida, en cuyo ardor nuestro pobre organismo se consumía, cual se consume fugaz mariposa en ardiente llama. Nosotros, después de haber extirpado las especies enemigas, puesto la naturaleza casi como en tiempos del edén, so la mano del hombre, cogido el rayo como un cetro, constriéndolo á llevar en sus alas nuestra palabra y á esculpir con sus chispas la materia como cincel obediente, abrigándonos de la temperatura por palacios y vestidos hermosos y varios, apenas comprendemos hoy todas las penas sufridas por el primer hombre cuando la tierra le faltaba completamente bajo los piés y el cielo se le venía

sobre su cabeza, mientras los animales feroces le asaltaban á una mostrándole sus garras y sus dientes. Pero los dolores del hombre no pueden compararse al dolor de la pobre mujer, más delicada, más tierna, más dulce, más accesible á la influencia de los elementos, más necesitada por su ternura y delicadeza de auxilio y apoyo, expuesta siempre al combate, presenciando á la continua el espectáculo de la muerte, azotada por las inclemencias del aire, perseguida por los odios de las fieras, puesta en la necesidad terrible de asistir á una guerra perpetua, sin saber si la inundación ó el volcán le arrebatrían sus hijos mil veces por milagros salvados á los tigres, y creciendo á duras penas entre la zozobra universal.

Dejemos esto aparte y vamos á la significación tradicional de nuestra Eva. En el concepto de los pueblos cristianos y bíblicos es la primera mujer, nuestra madre. La relación de los libros sacros tiene sencillez que verdaderamente pasma y enamora. Acabados cielos y tierra con todos sus ornamentos dióse al reposo el Hacedor Supremo. Nutriase de su propio jugo la recién creada campiña, pues ni agua lloran las nubes, manteniéndose todo por medio de un húmedo y refrescante vapor. Del agua y del barro mezclados, ó sea del producto de tal humedad, amasó Dios la estatua de nuestro material

organismo. Y ya formado el hombre de la tierra, y de la tierra verdaderamente roja, la vegetal, que para las plantas y su savia servía, infundióle con su soplo y su aliento un espíritu. En el huerto que había plantado como para su recreo puso Dios al hombre recién nacido. Veíanse por allí, en todas direcciones, árboles cargados de frutos bien sabrosos y de flores bien olientes. Entre los tales hallábase un árbol de la vida que ofrecía sombra benéfica, vivienda grata, regalado alimento. Pero también había un árbol de la ciencia. Probándolo se conocía el bien, pero también su contrario el mal. Además de los árboles había ríos allí que todo lo fecundaban y mantenían en lozano verdor. Aun estaba el hombre absorto en su contemplación primera cuando le prescribió Dios lo que hacer debía. Y díjole cómo quedaban á su merced y disposición todos los árboles, de los cuales podía comer á su gusto, con una sola excepción, la del árbol de la ciencia, completamente prohibido. Libre de suyo el hombre, podía, pero no debía probarlo. «Si comieres de sus frutos morirás sin remedio,» díjole Dios al hombre.

Como estrellas del cielo, aves del aire, vegetales del campo, especies animadas y cosas inanimadas del universo habían sido hechas para el hombre, prestáronle acatamiento, y el hombre les

dió en cambio su respectiva denominación. Pero hallóse Adán completamente solo, puesto que ninguna de las criaturas emparejaba con él ni podía ponerse á su lado. Necesitaba la compañía de un sér á él semejante, y vinole un sopor que le tendió en el suelo, y ya dormido, sacóle Dios una costilla, é hizo con ella, y alrededor de ella, una mujer. Adán reconocióla por suya y la llamó carne de su carne, hueso de sus huesos, y promulgó la fundamental y primitiva ley del amor declarándola superior á todas las leyes, pues por la mujer habría de abandonar el varón á su padre y á su madre. Desnudos Adán y Eva discurrían por aquel bienhadado jardín edénico, y no se avergonzaban á causa de haberlos como vestido la inocencia y no haber necesidad alguna de pudor, sólo permitido á quien puede caer en el vicio. He aquí presentada la creación del hombre y de la mujer como sustancialmente la contienen los sacros libros y la saben los pueblos judíos y cristianos en toda la redondez del planeta. Pero no le basta de ningún modo á la revelación darnos una idea del origen de nuestra especie; necesita darnos también una idea del origen de esa nefasta sombra que por doquier nos acompaña, gota de hiel puesta en las mieles de nuestra vida, noche y oscurecimiento del sol, oruga que babea sobre la virtud, ponzoña que maleficia y envenena toda

nuestra sangre, ó sea, el mal, de alta y difícilísima explicación.

El relato religioso continúa: con igual sencillez que ha explicado el origen de la especie humana, explica el origen de todo mal. Había entre los animales uno de astucia, la serpiente. Y se deslizó en el camino de la mujer, que vagaba por el edén. Y atajándola el paso con su rápido arrastre, fascinóla con sus fijos ojos y la dirigió la interrogación de «porqué la había Dios vedado uno entre los árboles.» Eva la contestó que podían comer de todos los otros. «Menos de ese, replicóle astuta la serpiente, porque si le gustarais, de seguro sabríaís tanto como Dios.» Y cedió á la tentación Eva, comiendo con gusto del árbol defendido por la divina prohibición. Y después de haber comido ella, dióle también á su esposo para que lo catase. Apenas lo habían catado, la primer cosa que aprendieron fué su respectiva desnudez, y apenas habían aprendido su respectiva desnudez, el primer afecto que sintieron fué la vergüenza y el pudor. En tal estado retumbó la voz divina en los espacios á manera de trueno. Sobrecogidos los desobedientes de terror, corrieron al tronco de los árboles en busca de un refugio, ambos á dos corridos y dolientes. Dios preguntó por el hombre con pregunta de verdadera reconvención. El hombre salió todo conturbado con verdadera ver-

güenza después de haber vacilado mucho. Y como Dios le demandase por qué había tardado tanto, opúsole como excusa la desnudez. Y maravillóse Dios de que supiese y entendiéndose de hallarse desnudo, estado incomprensible para él, sin haber catado el árbol prohibido. Confesó Adán su culpa, mas excusándola con su mujer. Volvióse airado á Eva Dios, y Eva excusóse por su parte con la serpiente. Maldijo Dios á la serpiente, condenándola desde aquel entonces á un pépetuo arrastre por los suelos. Y luégo condenó la mujer á parir con dolores. Y luégo condenó al hombre á trabajar con esfuerzo. Y luégo condenó el mundo á producir abrojos. Y luégo llamó á todos vil polvo de la tierra y les dijo como en torbellinos polvorientos y nubes habían de convertirse al cabo. Y Adán se llamó el hombre, que quiere decir tanto como formado y compuesto de la tierra húmeda roja. Y Eva se llamó la mujer, que quiere decir, madre de todos los vivientes humanos. Vistiéronse Adán y Eva de pieles para ocultar sus desnudeces. Y Dios añadió al castigo el sarcasmo rearguyéndoles que ya como él resultaban sabedores del bien y del mal. Y los extrajo del ocio en que habían estado sobre su Paraíso para entregarlos á cultivar la tierra con trabajo y con trabajos. Una flamígera espada guardó para siempre aquel edén jamás por la humanidad revisto. En se-

guida parió Eva con dolor, como le había Dios anunciado. Y tuvo dos hijos, Caín y Abel. Consegro se uno al pastoreo y otro al cultivo. Y cada cual ofreció á Dios en las aras sendos presentes de sus respectivas cosechas. Dió Caín sus frutos y Adán sus recentales. Dios fué más propicio á la ofrenda propia de Abel que á la ofrenda propia de Caín. Y éste, muy encelado, se levantó y mató al pobre Abel. Por vez primera pudo ver Eva la muerte, y la muerte más terrible, la muerte de su hijo. Y Dios preguntó á Caín qué había hecho de su hermano. Y Caín respondióle que no debía creerle de su hermano guarda ó custodio. Y Dios le maldijo. Y maldijo á la tierra por él cultivada. Y le condenó á vivir para que llevase consigo el remordimiento. Y Caín anduvo nómada por el mundo con la carga de su pecado sobre la espalda y de su remordimiento sobre la conciencia. Desde aquella sazón reinó el mal sobre la tierra.

Tal relato se ha ido extendiendo, sin perder las fundamentales nociones, de siglo en siglo, y ampliando, así en la poesía como en la historia. El universo mundo, sin un pensamiento que lo conociera, sin un espíritu que lo habitara, sin un amor capaz de renovarlo, parecíase á un jeroglífico sin explicación y comentario. Lámparas encendidas al acaso los astros, inútiles adornos las plantas, he-

churas del capricho lanzados á la casualidad todos los vivientes, para coronarlos y resumirlos faltaba una síntesis. El espacio inmenso necesitaba para poblar su soledad infinita de algo más que la luz, de la idea, y necesitaba el Océano de algún movimiento superior al movimiento de sus olas y de sus huracanes, del humano impulso. Luz, aires, aguas, y no espíritu, compuestos inútiles, confinantes con la nada y próximos á evaporarse por completo en lo vacío. No importaba cosa la bella figura esférica del planeta, ni el calor irradiado por todos sus átomos, parecidos á corpúsculos de alma luz, ni las corrientes magnéticas lanzadas como efluvios de amor en sus venas hondísimas, ni los rubíes de las auroras boreales, ni los brillantes de las nieves perpetuas puestos como diademas en sus polos, ni el manto azul de sus mares por argéneas espumas recamados, ni el bordado de sus selvas floridas y fructíferas, ni los metales preciosos de sus entrañas, ni las urnas fecundadoras de sus montes; todo aquello no tenía una voz matizada por una idea que le diese como el necesario Verbo, y una conciencia donde ascender á espiritual unidad. El Océano se revolvía solo, mugiendo sobre sus abismos. Los volcanes á nadie calentaban con sus columnas de fuego. Los minerales, y sus estrías brillantes, y sus cristalizaciones varias, esplendían tan

sólo para sí mismos. Perdíase la savia de los canchales y el aroma de las flores, como el incienso en templo de todo Dios destituido. En vano las abejas fluían miel y atrojaban las hormigas simientes. En vano el verde lagarto corría sobre las piedras y el pez multicolor bajo las aguas. El buey no tenía quien lo atase al yugo pródigo, ni el caballo quien lo montase para la carrera vertiginosa. Ofrecía inútilmente su lomo el camello á la carga, y el avestruz para nada quería sus alas y sus fuerzas resistentes. Piaban las avecillas en su nido, formando coceros inútiles, y dirigía el ruisenor su serenata de amor á su compañera, sin que ningún sér superior la oyese y anotase como una profecía del arte. Las cosas sin las ideas, en sí ó sobre sí, parecíanse á soles sin luz, rodando, como átomos producidos por la ruina universal, en torbellinos negros, á los abismos sin fondo.

Dios, todo amor, no había estado solo jamás en la eternidad. El Verbo y el Espíritu habían coexistido eternamente con él. Antes que la creación material produjo la creación angélica. De la oscura nada se habían desceñido, cual de la oruga se desceñe pintado volador insecto, los ángeles, con sus túnicas de todos colores en el cuerpo, sus nubes áureas en las sienes, sus alas en las espaldas, sus lirras de vibrantes cuerdas en las manos, sus sanda-

lias de iris en los piés, volando en el éter infinito que se avivaba encendido á su contacto y produciendo un coro en cuyas notas surgían mundos y más mundos en la inmensidad. Ellos habían extendido, como áurea gasa transparente y sin fin, la primera luz immaculada; ellos habían entrevisto los arquetipos de las cosas en el santuario de la mente divina; ellos habían llevado en sus manos la chispa vivificante que iluminara y encendiera soles de soles en lo vacío; ellos habían lanzado á rodar los orbes en sus eclipses y habían oído el concierto que forman todas las esferas con la sinfonía que producen las notas luminosas de todos los mundos. En esos infinitos arenales de luminosas estrellas necesitábase un enjambre de ideas, así como existía en la eternidad y en la gloria otro enjambre de ángeles. Importaba poco el sitio recóndito donde la idea pudiera tener su arribo, y el sér, más ó menos frágil, donde la idea prendiera. Tantos y tantos seres como producían instintivas plegarias, unos con sus rayos, otros con sus voces, éstos con sus aromas, aquéllos con sus vuelos, necesitaban á una del sér superior, del sacerdote, del intérprete, del intermediario, en quien todas estas plegarias debían recibir su verdadero sentido y tomar su verdadera dirección. No bastaban las creaciones angélicas; había menester el universo, aun sin alma, la humana crea-

ción. Los arquetipos divinos, ocultos en la inteligencia creadora, no bastaban á la perfección del conjunto; necesitábase como intermediario entre todos los seres, como luz esclareciendo todas las cosas, como algo interior al universo mundo, el humano pensamiento, de suyo parecido al creador Verbo. Dígase cuanto se quiera, todo está hecho por la luz, y toda luz está en sí animada por la idea. Cuando nos dicen que somos osificado barro, nosotros debemos decir que también el barro es luz condensada. Y esa luz lleva en su éter misterioso un pensamiento, y este pensamiento brota del cuerpo que más brilla, que más puede, que más alcanza, que más vivifica, que más reza, que más ama, entre todos los seres creados, del humano cerebro, quien, pensando, repite y refleja en su pensamiento á Dios. Por eso esta gran trilogía, la creación angélica, la creación material y la creación humana se confunden y se identifican en su Hacedor, en su Verbo, en su Dios, en el Eterno.

Según la universal tradición cristiana, Dios ha creado un edén. El rayo de la primera aurora brilla sobre su seno; el aire, puro y transparente, no lleva en sus giros ningún miasma viciado; savia immaculada se dilata por las campiñas vírgenes; flores y frutos espontáneos penden de los árboles que respiran y aspiran sin esfuerzo vivificadores efluvios;

los animales, animados por una sangre no corroida de ninguna enfermedad, triscan regocijados y contentos; las aves no se comen las unas á las otras; ni producen disonancias con sus voces discordes; antes bien, tendidas todas en el aire y concertadas en coro sin fin, añaden sus melodiosos acentos á las universales armonías; el reptil no tiene ponzoña, ni el bruto carnívoros crueldad, ni sér ninguno busca la noche, porque no hay en semejante primavera de la tierra, en tamaña inocencia de la vida, en esta niñez ó infancia de todos los seres, en este universal encanto, ni odio ni guerra, y desde la semilla hasta la raíz, y desde la raíz hasta la flor, y desde la flor hasta la mariposa, y desde la mariposa hasta el águila, y desde el águila hasta la luna, y desde la luna hasta el planeta, y desde el planeta hasta la estrella, y desde la estrella y sus resplandores hasta el sol y su calor; y desde el sol hasta Dios, todo se armoniza y enlaza en el amor esparcido como un éter misterioso por la inmensidad. No rugía entonces el carnívoro león, ni maullaba el tigre, ni escupía veneno la serpiente, ni resoplaba la tempestad, ni el milano ejercía sus uñas, porque todo estaba cerca de la creadora palabra recién caída de los labios del Criador. El Paraíso, en las proximidades al inevitable arribo del hombre, significaba un mundo naciente sin aso-

m le

1/2

mo de mal ninguno y un alma en sus albores sin culpa y sin error.

La vida se dilataba según sus leyes cuando el hombre venía como para concentrarla y resumirla en su pensamiento. Como el sistema solar no podría ser sin el sol, el mundo terrestre no podría ser sin el hombre. Así compendia toda la creación. En sus ojos esplendía el éter, en su cuerpo entraba el mineral, en su vida por el aliento y por la respiración se relacionaba con la vida vegetal, todas las fuerzas cósmicas empujaban sus músculos, toda la electricidad se difundía por sus nervios, las sustancias y las esencias refluían en su corazón, y si por su sensibilidad amaba y por su voluntad quería, dueño de sí mismo, soberano sobre su sér, á virtud y eficacia de su albedrío completamente libre, por la razón, por la idea, superaba quizás á los ángeles y se confundía con su Dios. Así todo estaba perfecto y consumado cuando apareció el hombre al llamamiento del divino Verbo. La nada se abría como un abismo á sus plantas en aquella hora en que pasaba del ser al no ser; agarrábanse á la tierra sus plantas como dos raíces y extendíanse á las alturas como dos ramas sus brazos; latía el pecho gozoso con la fácil respiración primera, como se animaban sus arterias con el golpe de su sangre caliente; la combustión de la vida en sus pulmones y el movi-

miento de su corazón resultaban placer infinito; sonreían sus labios como si quisieran besarlo todo, y abríanse las narices á los efluvios de todas las flores edénicas; sobre su faz transparentábase algo superior á la vida material, transparentábase la palabra, y sobre su cabeza, de forma esférica cual cielos y horizontes, lucía una luz muy superior á todos los soles encendidos en el espacio, la luz deslumbradora de su idea.

Por tal manera el hombre se sobreponía con su palabra y con su pensamiento al mundo que había de creerlo alguna vez obra, ó por lo menos, representación suya. Pero en este momento de su primera creación, la inocencia del hombre consistía en confundirse casi con la naturaleza, como se confunde todo niño con su madre, y no apartarse de la naturaleza, como no se aparta el niño de los regazos y de los pechos que lo abrigan y que lo nutren. Al surgir en el edén debía limitar todas sus aspiraciones, y las limitó, á gozar de la vida. Así llegó á creer que no había en el universo ningún enemigo suyo. Miraban los ojos al cielo sin hallar obstáculos. El aliento ascendía como nube de oloroso incienso á lo infinito. Bajábanse las ramas de los árboles para que cogiese los frutos, y llovían sus pétalos las flores como para enredarse por su cabellera olorosa. El fiero león lamíale los piés y el águila formaba

con sus alas como solio sobre la humana frente. Enjambres de abejas le traían miel, y nubes de mariposas le sonrosaban el ambiente. Los prados se mullían más y más para ofrecerle asiento y lecho, mientras las auras á una se aromaban para besar sus labios. El alma del hombre sin las sombras de la duda, sin el oleaje de los deseos, sin el huracán de las pasiones, parecíase á lagos de agua transparentes y cristalinas, de color azul perla, de superficie serena, de tranquilo engarce que, montado á guisa de gigantesca turquesa en la montura de colinas coronadas por jardines floridos y olientes, retrata con todos los objetos bellísimos en sus orillas diseminados los cielos y la luz.

El hombre recién creado debía sentirse muy solo. A pesar del placer que le procuraba la primer ebullición de su vida, aquejábale una deficiencia incomprendible.

Doquier volviese los ojos, revelábale con revelación clarísima la universalidad de las cosas el amor, en que todas se avivan y esclarecen. Amor la cohesión que mantienen las moléculas, amor las misteriosas afinidades entre los seres, amor las atracciones de los mundos, amor el beso melancólico de las lunas á sus planetas, amor el emparejamiento de las aves, amor el gorgojo de los nidos, amor la propensión que junta las especies y las re-